

MARIEL RUGGIERI

ATRÉVETE

Un triángulo amoroso
marcado por la tragedia
y el pecado



Atrévete

Marcel Ruggieri

Esencia/Planeta

© Mariel Ruggieri, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta
Fotografía de Cubierta: © Nines Mínguez

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: enero de 2015
ISBN: 978-84-08-13568-5
Depósito legal: B. 23.965-2014
Composición: Víctor Igual, S.L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1



Tres meses antes...

—¡Vamos a morir! ¡Ay, Dios...!

—Tranquilízate, Leonor. Eso no va a suceder...

—¡Sí! ¡Esto se dará la vuelta y caeremos al mar, Pilar!

—Cógeme la mano bien fuerte y no tengas miedo. Estoy aquí para prote...

Una fuerte sacudida impidió que Pilar culminara la frase que pretendía calmar a la atemorizada joven. Estaban en cubierta, con los chalecos salvavidas puestos y la lluvia y el viento azotando sus cuerpos. Nadie parecía reparar en ellas, todos estaban demasiado ocupados con su propia supervivencia.

No es que Pilar no tuviese miedo. Por primera vez en su vida era consciente del peligro, del verdadero peligro, y estaba sintiendo las inquietantes punzadas del terror en su cuerpo. No quería demostrarlo, porque eso habría significado que Leonor perdiera por completo el poco control que le quedaba.

No era para menos, ya que la situación era desesperante. Sobre todo para una chica de sólo catorce años, que viajaba sin sus padres, y Pilar era su única compañía y ahora su muro de contención. Con diez años más a cuestas, intentaba mantener la entereza, pero lo cierto era que estaba preocupada... Más que preocupada, estaba aterrorizada.

Y por alguna razón le preocupaba más Leonor que ella misma. No entendía el porqué, ya que no se conocían demasiado.

Pilar era hija de una pareja de trabajadores y Leonor de una familia de clase media-alta. Su único punto de conexión era que sus madres eran feligresas de la misma iglesia y habían hecho buenas migas. Pero nada más... Ni la manera de ser, ni la edad, ni la posición social las unía. En ese momento, lo único que las podía igualar era el riesgo, el peligro de morir a causa de aquella tormenta en el mar.

El corazón de Pilar dio un vuelco cuando los sollozos de Leonor comenzaron a oírse más allá de los truenos, de los gritos, del viento...

—Te prometo que no te pasará nada, Leonor.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¡Esto está cada vez peor! Oremos, Pilar. Pidámosle a la Santísima Virgen que nos guarde de todo mal.

¿Cómo podía decirle que ella no creía en vírgenes ni santos a una niña que se aferraba a la esperanza de invocarlos como forma de protegerse? No podía hacerlo, simplemente no podía.

Se acercó a ella sin soltar la baranda y con la mano libre la abrazó.

—Estoy rezando, pequeña. La Virgen nos guardará. Fíjate que el buque lleva su nombre, así que contamos con su protección —le dijo para tranquilizarla.

—Ah, Pilar. Qué miedo tengo... Le prometo a la Virgen que si me deja vivir para poder hacerlo, cuando tenga mi primera hija le pondré su nombre, y el de este barco.

—¿Le prometes a la... Virgen que le pondrás María Elena a tu futura hija?

—Sí.

Pilar frunció el cejo. A la tontería de creer en cuentos de hadas, se sumaba la de pensar que prometiendo banalidades contarían con la protección de aquélla. Ella, por su parte, si lograban sobrevivir a ese infierno, no querría que nada en su vida se lo re-

cordara y mucho menos una hija... No obstante, no le dijo a Leonor lo que pensaba exactamente, pues no era el momento de enfrascarse en una discusión de tinte teológico con una niña.

—Mejor ponle Mariel. Será un homenaje a la Virgen igualmente, pero no te recordará todo el tiempo este horrible momento...

Otra sacudida le impidió continuar.

—Ay, Pilar. Le pondré Mariel, como tú digas... ¡No quiero morir!

—No morirás...

Pero la naturaleza parecía empeñada en demostrarles lo contrario. Se aferraron una a la otra, presas de una sensación de desamparo que jamás habían sentido.

Cogida a la baranda había otra mujer que no tenía la suerte de contar con una compañera de viaje para atenuar el miedo.

Pilar y Leonor la habían visto varias veces en cubierta, con esa elegancia innata que tienen las mujeres inglesas en cualquier situación. Incluso en aquella, en que la lucha contra la tormenta hacía que cualquiera perdiera la compostura, ella se mantenía erguida sobre sus tacones y no mostraba a nadie lo amedrentada que se sentía.

Pero le duró poco esa entereza. Un nuevo azote del viento, una oscilación de la nave, y la mujer fue levantada en vilo y arrojada por encima de la baranda.

Pilar oyó su grito, la vio desaparecer y cerró los ojos. Pero la inglesa no cayó, sino que permaneció obstinadamente sujeta a la baranda de metal, suspendida sobre el mar, luchando para seguir con vida.

—¡Tenemos que ayudarla, Pilar! —gritó Leonor, y entonces ella pudo reaccionar.

Mientras le indicaba a su joven amiga que no se soltara por

nada del mundo, corrió a ayudar a la mujer que se balanceaba y estaba a punto de perder la batalla contra la gravedad.

—¡Coja mi mano! ¡Ahora!

Los enormes y azules ojos de la inglesa no se apartaron ni un segundo de los de ella mientras la ayudaba a subir a bordo nuevamente.

Una vez estuvo a salvo, hizo algo inesperado: la abrazó mientras murmuraba una y otra vez en perfecto español:

—Gracias, gracias, gracias...

—No hay de qué

—Le debo la vida...

«Pues ponle a tu hija mi nombre pero suéltame ya, que debo volver con Leonor», pensó, intentando desasirse.

Lo logró, pero la inglesa fue tras ella.

De pronto, para sorpresa de todos, el viento comenzó a calmarse y la nave dejó de moverse con tanta violencia. Y la lluvia, que hacía unos instantes arreciaba, se transformó en una leve llovizna.

—¿Estás bien, Leonor?

—¡Sí! Eres una héroe, Pili...

—Se dice heroína, querida... Y no lo soy.

La otra mujer, que no daba muestras de querer alejarse, intervino para corroborar las palabras de la jovencita.

—Sí lo es... Me llamo Charlotte Crawford. Usted es... ¿Pilar?

—Sí, es Pilar. Y yo soy Leonor —le dijo la joven, bastante animada—. Mucho gusto, señora Charlotte.

Se dieron la mano con cortesía.

—Encantada, querida. Gracias de nuevo, Pilar... —comenzó a decir, pero se interrumpió, porque se dio cuenta de que la muchacha no la escuchaba. Tenía un mareo de muerte y se inclinó sobre la baranda para vomitar.

—Disculpad —dijo segundos después—. Parece que no moriremos ahogadas... La tormenta ha amainado.

—Pilar, ¡la Virgen ha escuchado nuestros ruegos!

—La Virgen... Sí, así es. Vayamos al camarote, Leonor. Ya todos están volviendo a los suyos...

En efecto, por los altavoces estaban diciendo que no era necesario permanecer en cubierta a la espera de ser evacuados, porque el buque transatlántico había soportado las inclemencias del tiempo.

Un gran alivio las embargó a las tres. Cada segundo que pasaba era la confirmación de que lo peor ya quedaba atrás.

—Vamos, entonces. Señora Charlotte, ha sido un gusto conocerla —afirmó la joven Leonor, educada.

—El gusto ha sido mío... Y no me llames señora, querida. Llámame Charlotte, por favor.

—Charlotte... ¿cómo es que habla tan bien el español?

La mujer pareció algo incómoda con la pregunta, pero se repuso al instante.

—Pues... he ido a España con frecuencia. Allí he pasado mis vacaciones desde que tenía cinco años...

—Pero es usted inglesa, ¿verdad? Al menos eso nos parecía a Pilar y a mí cuando la veíamos andar con ese aire tan distinguido por...

—¡Leonor! Disculpe a esta niña por tantas preguntas. Ya nos marchamos...

—¡No! Es decir, me gustaría que me acompañarais a mi camarote. Es de primera clase y muy amplio. Por favor, dejadme que os invite...

A Pilar le molestó que la mujer diese por sentado que ellas no estaban en la parte lujosa. ¿Las vería como dos pobretonas? No estaban en primera, pero tampoco en tercera. Justo cuando se disponía a negarse, Leonor hizo de las suyas.

—Claro que aceptamos, Charlotte. Nuestro camarote debe de estar destrozado. Hemos salido corriendo cuando todo empezaba a caerse y hacerse añicos.

—Leonor...

—Pilar...

Vaya, era inútil. Aquella niña era tan terca como decidida, así que siguieron a la inglesa por los abarrotados pasillos.

En cierto modo Pilar se sentía mal por Leonor, ya que ésta bien podía haber pagado un pasaje de primera clase y no lo había hecho para que pudieran viajar juntas. Pilar no podía permitirse ese gasto... Su dote no era tan grande.

Su dote... ¡Qué anticuada expresión! Aún recordaba las palabras de su madre cuando la conminó a dejar España.

Hija mía, tienes veinticuatro años y no tienes ni oficio ni beneficio... Tus hermanas ya se han casado, ya son madres... ¿Y tú? ¿Qué será de ti cuando yo muera? No te ha durado ni un novio, ni un empleo. Tienes la manía de fastidiarlo todo con ese carácter explosivo que no te esfuerzas por controlar... Así no hay hombre que aguante, querida. Mira, tengo un dinero guardado, tu dote. Lo he ahorrado con la esperanza de que te casaras y que vivieras una vida como Dios manda, pero en vista de las circunstancias...

Pilar, yo me quiero retirar. Quiero pasar mis últimos días en el campo con mi hermana Carmen y tú no puedes mantenerte sola aquí en Madrid... En Sudamérica vive una hermana de tu padre, que Dios lo tenga en la gloria. Tu tía Concha, ¿recuerdas que te he hablado de ella? Tiene una familia en un pequeño país llamado Uruguay y también un negocio muy próspero... Te recibiría de mi amores, hija mía...

No pudo evitar hacer una mueca de fastidio al recordar las palabras de su madre. Prácticamente la había desterrado... En un

principio se negó, pero luego lo pensó mejor. Era evidente que Juana no la quería a su lado y, a decir verdad, ella tampoco se sentía feliz viviendo con su madre, después de que Montse y Fátima se casaran.

No tenía idea de por qué era, pero se sentía fuera de lugar en cualquier sitio.

Tenía el presentimiento de que no estaba destinada a llevar la vida tradicional que su familia habría querido para ella. Nunca había sido feliz, nunca había estado enamorada. Los chicos que la cortejaban le parecían bastante tontos y sistemáticamente los alejaba con un arma infalible: hablar de filosofía, de historia, de arte.

Le encantaba leer. Por eso la habían despedido de la fábrica, y también de su último empleo de institutriz. En ambos casos la habían sorprendido enfrascada en la lectura en horario de trabajo y eso había sido determinante para que la echaran a la calle.

Pero lo que más le gustaba era dibujar. Sentía que ésa era su única virtud, aunque como no tenía dinero para estudiar arte, vivir de ello no formaba parte de sus sueños.

Tampoco tenía amigas, pues todas estaban ya casadas, y algunas con varios niños. Sí, realmente se sentía fuera de lugar. Por eso, cuando supo que Leonor también se marchaba a América, no lo dudó: hizo las maletas y partieron juntas.

Se sentía identificada con la niña, pues ambas eran unas incomprendidas.

La niña... En realidad no lo era tanto. Más bien era bastante precoz, y eso había sido su perdición. La sorprendieron besándose con un chico a plena luz del día en un parque público y le prohibieron volver a salir. Pero ella se escapó una y otra vez para encontrarse con su amado, que era muy guapo, aunque un perfecto inútil. Finalmente, sus padres decidieron enviarla interna a un exclusivo colegio en Montevideo radicado en un convento, la

misma ciudad donde vivía la tía de Pilar y también varios familiares de Leonor.

Sí... algo en común tenían, además de haber estado a punto de perecer en esa tormenta: no las querían en casa. Y a pesar de que hacía mucho que Pilar se decía que no le importaba un comino, lo cierto era que sí le importaba, y le dolía bastante.

Por eso decidió hacerle una concesión a Leonor, ya que había tenido la gentileza de viajar en segunda clase para acompañarla, y fue detrás de ella y de la inglesa a su camarote de lujo. Charlotte respiró aliviada cuando las jóvenes accedieron a acompañarla.

Es que se sentía tan sola... Nunca en su vida había experimentado una desolación tan inmensa, un dolor tan profundo...

No tenía a nadie, no tenía nada. Sólo un pasado de pesadilla y un futuro incierto.

Mientras precedía a sus nuevas amigas por los pasillos de la enorme nave, pensó que si lograba retenerlas a su lado los quince días que quedaban de viaje sería muy afortunada.

La pequeña era encantadora... Y tenía un sorprendente parecido con ella. Sus rizos rubios y los ojos azules eran muy similares a los suyos y por un momento se vio a sí misma como la niña despreocupada que fue un día. Qué lejos estaba de eso, por Dios...

Ahora en su vida sucedía todo lo contrario. Temores, recuerdos dolorosos, heridas abiertas que jamás se cerrarían.

Cuando llegaron, observaron con sorpresa que todo estaba patas arriba, igual que lo estaría el diminuto camarote de las jóvenes. Aun así, Leonor parecía contenta y Charlotte sonrió. Por un momento, las tres permanecieron sin hacer ni decir nada, hasta que Pilar se puso manos a la obra. Enderezó un par de sillas e hizo que se sentaran ambas y de inmediato comenzó a ordenar la estancia.

«Vaya, qué chica tan resuelta. Cómo me gustaría ser como

ella», se dijo Charlotte sin dejar de mirarla. Sí, era muy decidida y muy hermosa también. Tenía el cabello larguísimo y lo llevaba recogido en una trenza gruesa y apretada.

Sus ropas no eran caras y tampoco bonitas, pero ella las llevaba muy bien. Era menuda y bien proporcionada y sus ojos color miel tenían una expresión fría pero no hostil. Le pareció una joven demasiado seria para su edad... ¿Cuántos años tendría? No aparentaba más de veinte y la pequeña parecía tener unos quince.

¡Bendita juventud! Con sus veintinueve recién cumplidos, Charlotte se sentía una anciana amargada y hubiese dado cualquier cosa por cambiar su lugar con el de esas muchachas.

Y es que verse obligada a cruzar el océano para ir a vivir con un hombre al que no conocía y que le había sido asignado como marido y condena era algo que le costaba mucho aceptar.

Sobre todo porque no era la primera vez que se encontraba en una circunstancia parecida...

Si bien nunca antes había ido a América, ése sería su segundo matrimonio arreglado. Con el primer prometido impuesto por su familia había terminado todo demasiado mal.

Charlotte no estaba enamorada de Diego Ordóñez, pero su padre la conminó a aceptar el compromiso. Ambos tenían negocios en común en España y esa unión iba a resultar fructífera en más de un aspecto.

Al principio no le pareció tan mal... El hombre era moreno y muy guapo y ella adoraba Sevilla desde siempre. Sus vacaciones más inolvidables las había pasado allí... Su español era perfecto debido a los frecuentes viajes a ese país de ensueño y Diego Ordóñez le había parecido de lo más amable.

Accedió, por supuesto. En el mundo de Charlotte, los hombres eran los que daban las órdenes y las mujeres las que obedecían.

Pero no contaba con que iba a conocer a Jack. Durante ese año en el que se preparó para ser la señora Ordóñez, Jack Stanton irrumpió en su vida y la trastornó por completo. Se enamoró como una tonta y perdió la cabeza por él.

Cuando supo que estaba embarazada, se lo dijo, pero no obtuvo la respuesta que esperaba, pues Jack simplemente huyó, dejándola sola y desesperada.

Su única salida, su tabla de salvación, estaba en España aguardándola y allí fue para casarse con el hombre indicado, tras haber sucumbido a la pasión con el equivocado. Sólo esperaba poder camuflar su embarazo y endilgárselo a Diego.

Quería olvidar que Jack Stanton había estado en su vida y por un tiempo imaginó que ese bebé que se gestaba en su cuerpo era verdaderamente hijo de su futuro esposo. El hecho de que nunca hubiese estado en la cama con él era un detalle sin importancia.

Y todo hubiese salido a pedir de boca de no ser por una tontería que la delató.

Vómitos... abundantes. La hermana de Diego se puso alerta, husmeó en su intimidad y sacó las conclusiones correctas.

Y ahí comenzó la pesadilla. La presión fue tan grande que cayó de rodillas ante su prometido y lo admitió.

Se hizo un silencio de muerte y luego él les pidió a todos que salieran de la casa.

La golpeó hasta cansarse y tras tomarse un respiro la volvió a golpear. Charlotte perdió algo más que su embarazo a causa de esa paliza: tuvo que despedirse para siempre de la posibilidad de ser madre.

Le quitaron el útero, que se dañó de forma irreparable a causa de los puntapiés. Tardó seis meses en recuperarse y otros seis le llevó a su padre resolver su futuro nuevamente. O al menos intentarlo.

Christopher Davies era el nombre de su futuro esposo. Era un

hombre de buena posición, hijo de ingleses residentes en Sudamérica, y su principal atractivo para su padre era que ignoraba lo sucedido en España. El hombre ya no pretendía uniones exitosas de negocios utilizando la angelical belleza de su hija, que de angelical ya no tenía más que la belleza. Ahora lo único que deseaba era deshacerse de Charlotte y lo que ella había representado para él: la pérdida de mucho dinero, debido a que Diego Ordóñez había rescindido todos los contratos.

Para el señor Crawford eso fue un golpe más fuerte que los que su antiguo socio le propinó a su hija. Y jamás logró perdonarle a ella esa pérdida.

No le permitió regresar a Inglaterra. Arregló el matrimonio por correspondencia con esa familia de su mismo país y Charlotte partió en el *María Elena* una fría mañana de enero, sin que nadie la despidiera.

Pasó los primeros quince días apartada del mundo, sumida en una especie de letargo, en un ostracismo que hacía que el tiempo transcurriera más lento. No deseaba llegar a destino y encontrarse con otro Diego Ordóñez.

Se preguntó si el accidente que casi la hizo caer al mar podía haber sido una jugada de esa nueva Charlotte que se había vuelto súbitamente temerosa y que no deseaba enfrentar la vida que la esperaba.

Se había casado por poderes, pero no sabía nada de Christopher Davies, nada. Ni de él ni de ese pequeño país que pronto debería adoptar como su casa, llamado República Oriental del Uruguay. Ni siquiera había visto una sola fotografía de su... marido. Finalmente se había casado, pero ésa no era la boda de sus sueños y aquélla no era tampoco la vida que había soñado.

¡Dos matrimonios arreglados en esos tiempos! Se odiaba por ser tan pusilánime, tan sumisa. Había accedido sin chistar las dos

veces en que su padre la manejó a su antojo. En Londres, Jeff Crawford había conocido a uno de los tíos de Davies, que finalmente fue quien los puso en contacto y consiguió el arreglo. Y ella dijo que sí a todo, incluso sin saber nada.

El hombre era médico, eso sí lo sabía. También estaba enterada de que era viudo y tenía un hijo de ocho años, que vivía en una provincia y no en una ciudad, y que sólo se casaría de nuevo si era con una mujer inglesa o descendiente de ingleses.

Eso era todo. Charlotte se preguntó si Davies aspiraría a ser padre de nuevo y si la paliza que le daría al enterarse de que ella no podía darle hijos sería tan fuerte como la que le propinó Diego Ordóñez. Lo descubriría, tarde o temprano lo haría, de eso estaba segura.

—¿Por qué no me ha llamado antes, doña Cocoa?

—Ay, doctor. Pensaba que podía con esto, pero parece que no. He intentado moverlo y ponerlo en posición, pero el condeñado se resiste a...

—No es la primera vez que usted no reconoce cuándo termina el trabajo de la comadrona y comienza el del médico.

La mujer parpadeó varias veces y luego bajó la cabeza. Los gritos de la parturienta resonaban por toda la casa e impedían que replicara nada. Además, el doctor Davies tenía razón; ella ya no tenía la fuerza ni la paciencia para lidiar con aquello.

Había traído al mundo a cientos de niños, pero a sus casi setenta años ya no se sentía en condiciones de afrontar partos con complicaciones como ése. Cada vez tenía que recurrir al guapo doctor con más frecuencia.

—Perdóneme... A ver si usted puede darle la vuelta a esa criatura, doctor.

El aludido negó con la cabeza y una mueca de disgusto que no intentó siquiera disimular le curvó la boca.

—No perdamos tiempo, doña Cocoa... Señora Fuentes, míreme a los ojos... Así, muy bien. Ahora escuche lo que le voy a decir: deje de empujar, porque su bebé está atravesado y no va a salir. Vamos a hacer que se encaje en el canal de parto... Le voy a poner un sedante leve para poder hacerlo...

Y una vez más lo logró. Un poco de cloroformo y ambas manos enguantadas. Fue imposible colocar al niño de cabeza, así que terminó siendo un parto de nalgas. Por fortuna, tanto la madre como el niño lograron salir del difícil trance sin secuelas.

Suspiró aliviado cuando oyó llorar al pequeño y vio lo sonrosado que estaba. Y observó complacido que no había signos de hemorragia en la madre. Sí, lo había hecho muy bien, al menos esa vez.

Ocho años antes no había tenido tanta suerte. Marina tampoco había sido afortunada y Jeremy... ¿Algún día podría saber si su tardanza en decidir la cesárea tuvo que ver en la enfermedad de su hijo? Ansiaba conocer la verdad, y no para flagelarse inútilmente. Le parecía una tontería llorar sobre la leche derramada y continuar culpándose. No veía ningún provecho en eso. Marina estaba muerta, la hemorragia era una eventualidad de cualquier nacimiento y ya nada se podía hacer por ella.

Pero sí quería saber hasta qué punto la falta de oxígeno había influido en el trastorno que hacía de Jeremy una especie de zombi incapaz de comunicarse con el mundo de otro modo que no fuese dibujando extrañas e incomprensibles formas. Lo habían diagnosticado como retardado, pero Christopher no se resignaba a ver a su hijo de esa manera. Estaba convencido de que Jem padecía autismo. Había leído mucho sobre el tema, pero aún no tenía claro el origen del trastorno, y mucho menos cuál sería el tratamiento adecuado.

Intentaba por todos los medios comunicarse con él, con escaso éxito. Se concentró entonces en sus carencias afectivas y decidió compensarlas dándole lo que creía que le hacía falta: una madre.

Como no tenía tiempo ni energía para buscarla, le encomendó a su padre que lo hiciera. Le daba igual quien fuera: lo importante era que le diese a Jem lo que necesitaba. Si era buena para su hijo, también lo sería para él. No eran sus necesidades las que primaban en esa búsqueda; éstas estaban cubiertas por completo.

Mujeres... las tenía. Una viuda que era puro fuego, pero no tenía disposición completa. Una ramera en la ciudad, tan fría como habilidosa. Una amiga de su hermana Felicity, tonta pero guapa.

Pero no conocía a ninguna que pudiese ser una buena madre para Jem. Ninguna salvo una desconocida que su padre había hallado para él.

Charlotte Crawford... Sonaba bien. Parecía agradable. Sólo tenía una fotografía de ella, pero lo poco que había visto le había gustado.

Sería una buena madre, para Jem y para los que vendrían. Y podría ser una buena esposa para él. Se preguntaba si querría enseñarle o aprender, si sería fuego o hielo... Pero esa curiosidad tenía la intensidad de una suave brisa otoñal.

No había nada referente a Charlotte que él pudiese sentir demasiado fuerte. No habría ni un deseo intenso ni un gran amor. Quizá gratitud... O un leve arrepentimiento, una indiferencia amable. Nada profundo.

No se atrevería a entregarle su corazón a ninguna mujer. Lo había hecho con Marina y todo había salido demasiado mal. Tampoco le daría sus deseos, sus anhelos más profundos, ni esas ansias que tenía tan bien controladas.

Le proporcionaría un hogar, hijos, estabilidad. Obtendría una mujer obediente, una buena madre, alguien con quien hablar. Y nada más.

Dejaría de frecuentar a viudas, prostitutas y tontas con buen escote. Se entregaría a las rutinas, a la vida tradicional y tranquila que siempre había añorado.

Sí, eso haría... Y mientras esperaba la llegada de Charlotte, todas sus energías se concentraban en el trabajo.

—Doña Cocoa, la próxima vez espero que me llame en cuanto constate alguna irregularidad, ¿de acuerdo?

—Sí, doctor Davies.

Trabajo. Familia... Como sus padres, y los padres de sus padres.

Una vida sin altibajos, sin grandes pasiones. Porque apearse demasiado a alguien podía resultar fatal. Marina... Aún la extrañaba, pero se obligó a no pensar en ella. Haberse casado en contra de los deseos de su familia le había costado muy caro, y ya no quería seguir pagando.

Su futuro tenía un nombre; se llamaba Charlotte, y esta vez, haría lo correcto.